



la opinión del lector

Calidad humana, he ahí la diferencia

En febrero 1990 fui secuestrado y salí de Colombia. Fui hospitalizado dos veces en Colombia y hace poco en los Estados Unidos. Estas son mis impresiones sobre mis experiencias.

Ya ha pasado un mes desde la operación infernal; hoy apenas me estoy sintiendo un poco más normal, pues todavía hay suturas para sanar pero por lo menos veo que el proceso está adelantando bien. El cuerpo sabe curarse de las enfermedades creadas por los médicos. Me has preguntado sobre las diferencias entre los hospitales de acá y allá. Ya con tres experiencias en hospitales en tres años puedo decir algo sobre el tema. Tengo sueños agradables sobre las experiencias colombianas; la de acá fue una pesadilla.

Primero tuve la suerte de una pieza privada en el Hospital Pablo Tobón Uribe. Acá, en un espacio menos de la mitad, eramos dos personas y no espacio para visitas. En Medellín tenía la fortuna de una vista preciosa de las montañas antioqueñas; acá ni tuve una ventana. En Medellín había un silencio que me agradaba; acá la pieza tuvo un televisor y el del lado dormía pero dejaba la televisión a todo volumen. El pagaba y tuvo el control remoto. Fueron 24 horas del día de bulla. En el Pablo Tobón, Martha (es decir Martha de Jesús Ospina Jaramillo, mi bella compañera), podía dormir en una cama/sofá en la misma pieza conmigo. Acá ni podía visitarme más de dos horas. Cuando tres personas me visitaron, dos tuvieron que estar de pie. Y las visitas de pacientes de la misma pieza no se saludaban. En Medellín la visita es como una fiesta, ¡hasta olvidan al pobre paciente!

Infortunadamente para las enfermeras colombianas, pero afortunadamente para el paciente, trabajan turnos de 12 horas y saben qué tiene el paciente. Acá uno puede ver tres enfermeras en 12 horas y no saben ni pio ni pao qué pasa con uno. Llega y dice, "yo soy la enfermera por las próximas cuatro horas" y sale. No hay buena comunicación ni atención. No es un ambiente agradable.

El día después de recibir cuatro transfusiones, cuando el conteo de sangre indicaba que tal vez hubiera parado de sangrar internamente, llegó un médico joven; se me acerca, yo, acostado en la cama, débil, hablando por teléfono con mi mamá. El ni me informa ni me pide permiso y empieza auscultar hondo en mi cavidad abdominal. Yo le sugerí que tal vez no era buena idea tocarme tan duro y hondo por la cuestión de sangrar por dentro. El me contestó así: "No te preocupes, si empiezas a sangrar de nuevo te llevamos al quirófano y te arreglamos de nuevo". En ese momento, con esa actitud suya, decidí que tan pronto tuviera energía para pararme, iba a negarme a recibir más "tratamiento médico" y salir del hospital para poder recuperarme en casa, fuera de peligro de los médicos. Primero me complican la operación, luego provocan más sangrado y dicen que me pueden arreglar de nuevo. ¿Acaso me veían como un cacharro y no un ser humano? Tienen alta tecnología y baja humanidad. Tampoco vi enfermera de la calidad de las enfermeras colombianas. Entre quince enfermeras que me atendieron en una semana, sólo una sabía hacer su trabajo de una manera profesional, con un poco de calor humano. Las otras fueron muy eficientes, como máquinas con su frialdad. Me parece que la educación que recibe el personal médico en Colombia es superior y las características humanas de los colombianos se prestan para el cuidado médico. ¡Vale que la enfermera colombiana chismosée o cuente chistes! Acá casi no saben sonreír. O estoy tomando la cosa muy a pecho; porque no se rieron cuando les contaba mis chistes. Son muy serias, pues gringas tenían que ser.

David Kent.

EL COLOMBIANO. MARZO 26/91
PAG: 11B